

INTRODUCCIÓN

¿Cómo es ser grande, papá?

Con esta pregunta cerró el “Día del Padre” mi hijo Lucas cuando tenía 12 años de edad.

Habíamos pasado un día hermoso juntos él, mi hija Sofía y yo, hasta que a la tarde, cuando quiso poner en el “Nintendo 64” un juego de “Pokémon”, la máquina no quiso acompañarlo en su aventura “poké-monera”.

En ese momento, lo llama la madre por teléfono y tiene una discusión con ella. El enfado que se cogió, le generó dolor de cabeza, así que me pidió una aspirina.

Mi respuesta, tal como en otras ocasiones fue: “Hagamos un ejercicio de respiración, de relajación, etc.”, cosa que no aceptó. Se tiró en su cama, se abrazó a su almohada, dió varias vueltas, y ahí quedó con su enfado.

Mientras tanto yo jugaba con Sofía, mi hija de 6 años, a las cartas. Invité a Lucas varias veces a que jugara con nosotros, pero sin resultado alguno, él seguía en su cama con su enfado.

De pronto propuse que jugáramos con una grabadora de audio. La idea era que estábamos en una emisora de radio transmitiendo un programa. Pensé que a Lucas le podría interesar que fuera una carrera de autos, por ejemplo, pero Sofía rápidamente respondió, “Yo un desfile de modas”, (lógico). ¡Bárbaro! le dije y empezamos a jugar. Fue muy divertido.

Lucas escuchaba pero no se “sumaba”. Aunque más tarde, después de invitarlo dos o tres veces, aceptó jugar. La creatividad se apoderó de nosotros y produjimos una cómica cinta grabada, desordenada y muy graciosa, en la que al desfile de modas inicial se le sumaron otros eventos.

A la hora de cenar yo bajé para preparar algo y ellos se quedaron con mucho entusiasmo grabando. Al día siguiente me dijo Sofía que terminaron grabando un “telediario”, que hasta ese momento todavía yo no había escuchado, cosa que hice luego y estaba muy bien, interesante y con mucho humor.

Después de cenar, Lucas probaba nuevamente el nintendo y el efecto “MCI” (Maldad de las Cosas Inanimadas) había pasado. Se puso a jugar, Sofía se sentó a su lado y disfrutaron hasta tarde. Yo aproveché para leer.

De pronto miro la hora y les digo que hay que ir a lavarse los dientes y prepararse para dormir, que mañana seguiríamos. Habían disfrutado, pasando un día hermoso juntos, seguramente estaban cansados y no ofrecieron resistencia.

Con los dientes limpios y en pijama se acostaron, les di un besote a cada uno. Le pedí a Sofía que me contara un cuento de las buenas noches, pero no quiso. Enseguida se durmió.

Lucas en cambio no. Todavía “tenía cuerda” para rato. Se vino a mi cama, me pidió dormir conmigo. Le dije que no, ya que se mueve en la cama durante la noche y me despierta. Es como si la cama entrara en un camino de adoquines. Esto ya ocurrió antes y aprendí.

Pero él quería estar conmigo, no durmiendo, sino despierto. Estaba muy lúcido y en sus ojos, más bien en su mirada, se notaba la curiosidad acerca de algo que buscaba poder poner en palabras.

Así que habló de varias cosas, moviéndose con cierta inquietud que preanunciaba que ya encontraría la pregunta justa de lo que trataba de plantear. Así que después de un rato me dijo:

“Papá, ¿cómo es ser grande?”

Me sorprendió y me encantó su pregunta. Me pareció darme cuenta de qué le estaría pasando, qué estaría procesando en su mundo interno.

Le pregunté por qué me preguntaba eso, en qué estaba pensando, qué le interesaba saber, etc.

Cogió primero la cara por el lado de la barba y el bigote. Empezaba a tener bigote, aunque el pelo de la barba, (pelusa todavía en realidad) era más finito que el pelo del bigote, como observando semejanzas y diferencias.

Luego se centró en el mundo del trabajo, del estudio. ¿Cómo toman decisiones los grandes?, ¿Cómo manejan el dinero?, ¿Cómo son las cosas del mundo de los grandes? y ¿Qué hacen para ocuparse de ellas?

Charlamos un buen rato. En un momento me dijo que a él le gustaría trabajar para tener su propio dinero y no tener que pedírmelo cuando quiere algo. Me hablaba de su curiosidad por su propio crecimiento, de su idea acerca de la autonomía.

¿Dónde estaba la raíz de su pregunta “Cómo es ser grande Papá”?

Hablamos un largo rato. Se le percibía curioso, inquieto, activo y feliz con la charla. Conversamos hasta tarde.

Me desperté a la mañana siguiente con una fuerte presencia de la escena de la conversación con Lucas la noche anterior.

La charla con él me ayudó a percibir su proceso de crecimiento interior, ya que el corporal está más a la vista, generando reflexiones que más tarde se convertirían en este libro.

Me levanté silenciosamente como para sentarme con unos mates dispuesto a escribir. Estaba encendiendo el ordenador, cuando bajó Lucas.

Me preguntó que hacía y se lo conté. Me propuso que él escribiría y que yo le dictara, tarea que llevó a cabo hasta la página anterior.

Cuando le dictaba, procuraba corregirme. No quería poner que el “nintendo se tildó”, me corrigió, “se trabó”; no le gustaba que hablara de su meterse en su cama abrazado a la almohada, etc. Le dije que era mi escrito y eso era lo que yo quería escribir. Lo aceptó y seguimos.

Más tarde se despertó y bajó Sofía y se unió al desayuno que estaba en marcha mientras escribíamos.

Le gustó mucho a Lucas observar lo que había desencadenado su pregunta de la noche anterior. Y a mi también.

Después de escribir un rato, terminó de desayunar, recordó que arriba le esperaba su nintendo así que allá fue y ahora sigo escribiendo yo. Sofía se fue detrás de él y los escucho jugar juntos.

Me fui dando cuenta de lo que había generado en mí la pregunta de Lucas y todo el profundo significado que tenía. Él interrogaba acerca del cambio, a partir de la percepción del cambio que se estaba operando en él. De los cambios que se van operando en una persona al crecer, pero no solo en los rasgos físicos, sino por dentro.

¿Cómo ocurre esto?, ¿cuáles son los pasos que vamos dando en este proceso de cambio?, ¿qué es lo que hace que caminemos y qué hace que nos detengamos?, ¿cuándo colocamos el mojón cero que marca el inicio del camino?

Recordé y agradecí el privilegio de haber sido discípulo de maestros como Dalmiro Bustos, Fernando Ulloa, Luis Parrilla, Emilio Komar, Tomás Grigera, y haber tenido la fortuna de estudiar con profesores de la talla de José Topf, Juan Carlos Indart, entre otros. A todos ellos les estaré siempre profundamente agradecido por cómo me facilitaron el acceso a espacios de reflexión, que fueron los valiosos crisoles para mi desarrollo personal y profesional.

También agradezco, ahora que puedo hacerlo, a otros a quienes no nombraré, que fueron “maestros” por haber mostrado todo aquello que no es bueno hacer.

Como ocurre en el enfoque del conflicto, o lo pienso como una desgracia o lo reconozco como valiosa oportunidad para el crecimiento y el cambio.

“La comodidad es el enemigo número uno del crecimiento”

Podemos verlo desde la perspectiva de Lucas, donde los conflictos internos y de relación que conlleva su crecimiento personal, acrecientan su curiosidad, animándole a preguntar y nutrirse.

Si no logramos hacer esta recontextualización de la visión tradicional del conflicto y continuamos concibiéndolo como algo indeseable y malo, entonces el conflicto nunca podrá ser motor del crecimiento ni del cambio.

Se me despertaron varias memorias; memorias teóricas, memorias casuísticas de mi práctica profesional, memorias de mi experiencia de vida y memorias corporales, que me fueron entusiasmando con la idea de volcar en los siguientes capítulos, conceptualizaciones que espero resulten de utilidad para pensar en el abordaje de los conflictos con inteligencia creciente.

Entre otras cosas recordé la metáfora de la espiral para enseñar/aprender, reflexionar, crecer, como el itinerario ideal para ir avanzando desde la periferia hacia el centro y de lo superficial a lo profundo. Así comenzó Lucas con sus preguntas.

Pensé también en la importancia del **Estar Atento** como condición primordial para que pueda generarse un cambio, para crecer. Porque si logramos estar atentos, en algún momento comenzaremos a **Darnos Cuenta**.

Ir haciéndose grande le dije a Lucas en un momento. “Ir haciéndose” es un modo verbal que permite transmitir la idea de que es algo en lo que uno

va trabajando cotidianamente y nunca terminará. Es la curva asintótica de la que hablaremos también más adelante. Esta es la idea de ir creciendo...

Y si logramos darnos cuenta, estaremos en mejores condiciones de **Hacernos Cargo** de la cuota de responsabilidad que nos corresponde asumir, lo que nos permitirá comenzar a hacer lo necesario para llevar a cabo el cambio que es fundamental hacer para crecer.

Es también importante compartir la secuencia de los cuatro momentos necesarios para que el cambio pueda tener lugar: el **Escuchar**, para poder comenzar a **Comprender**, lo que nos permitirá **Aceptar** los límites, y luego recién ahí estaremos en condiciones de **Cambiar**.

Al recorrer el esquema conceptual con el que me conectó la conversación con Lucas, me di cuenta que hay algo sobre lo que no se habla mucho, es algo frecuentemente ausente en las propuestas educativas y tiene que ver con el **coraje**. Es más frecuente ver que lo que se inculca como valor es su opuesto, el “no te metas”.

Un poco de coraje, me dije entonces, será necesario para afrontar el cambio, pues su falta es lo que nos ha ayudado a que crezca dentro de nosotros la idea de que el conflicto es algo malo y amenazante, por lo que es mejor evitarlo.

Me di cuenta que para afrontar el cambio es necesario tener coraje para escucharse, para mirarse a uno mismo y descubrirse en facetas sobre las que será necesario trabajar si queremos crecer. De ahí, el concepto del **Yo Observador**.

Si observarnos a nosotros mismos requiere de una dosis de coraje, un poco más de más coraje será necesario para desarrollar la curiosidad y nutrirnos con la escucha que nos permita enterarnos sobre como somos percibidos por los otros.

Y refuerza la idea fuerza de que **el cuerpo avisa siempre y nunca miente**. Que nuestros sensores siempre nos informan acerca de cuando

estamos felices, entusiastas, ansiosos, tensos, angustiados, apenados, temerosos, inseguros o abatidos y la necesidad de descodificar los mensajes que toman la forma de síntomas.

No podía dejar de compartir el concepto de **confianza mutua** como red que soporta al vínculo y su mantenimiento como condición que asegura el intercambio que solo podrá darse si ocurre dentro de límites aceptables de **reciprocidad**.

Consideré que los temas mencionados constituyen ideas importantes para comprender la problemática de la resolución de conflictos, pero especialmente en el enfoque del conflicto como oportunidad. De ahí el título de *El Conflicto como Motor del Cambio*.

Digo comprender en lugar de entender. Entender es algo que ocurre desde el nivel del cuello hacia arriba. Comprender en cambio es algo que ocurre a nivel del cuerpo en su totalidad, cabeza incluida.

Comprender es el resultado de haber desarrollado una visión amplia y clara. Incluye el reconocimiento de las matrices de respuesta frente a las dificultades externas y de mis propios recursos para dar alternativas de respuestas creativas frente a los desafíos.

Sobre estas ideas se basa este libro, que está escrito en un lenguaje sencillo y con la pretensión de contribuir a la creación de una mirada desafiante y no tradicional del conflicto.